



## ÍNDICE DE 1922

---

	<u>Páginas</u>
ANZOÁTEGUI (BERNABÉ)	
La Pena Capital . . . . .	26, 173, 282
ANÓNIMO	
El Deva de la Sociedad de las Naciones . . . . .	59
Venus en la balanza . . . . .	126
Fiesta del Loto Blanco . . . . .	181
La Ciencia moderna y la Química Oculta . . . . .	228
ALFONSO (DOCTOR E.)	
El Naturismo y la Política . . . . .	140
BIBBY (J.)	
Cartas sobre Socialismo . . . . .	33, 107, 131, 205, 246, 358
BLAVATSKY (H. P.)	
Porqué no vuelvo a la India . . . . .	97
BRUSCHETTI (ATTILIO)	
La Cruz . . . . .	161
BERTY (FRANCISCO)	
Porque difiere la Trinidad arcáica de la Trinidad cristiana . . . . .	274

BESANT (ANNIE)

La necesidad de un Ideal. . . . . 363

CIRUJEDA ROIG (VICENTE)

A H. P. Blavatsky . . . . . 150

Ideales teosóficos . . . . . 186

FLETA

Un buen sembrador . . . . . 57

GUYARD (CÉLINE)

Tema sobre educación . . . . . 36

Orden de la «Cadena de Oro» en España . . . . 145

GARRIDO (J.)

Carta abierta. . . . . 19

Ciclos y avatares. . . . . 65

Discurso del Secretario General en las Ramas Ar-  
juna y Valencia . . . . . 257

HEINDEL (MAX)

El sacramento del matrimonio . . . . . 312

No matarás . . . . . 170

CHEVRIER (G.)

El lugar del hombre en la Naturaleza . . . . . 86

JINARAJADASA (C.)

Fraternidad e Internacionalismo. . . . . 165

Ayuda a la Naturaleza y trabaja con ella . . . . 369

La ronda interna de Mercurio . . . . . 380

KNUDSEN (A. F.)

Descubrimiento experimental del alma grupal . . . 113

	<u>Páginas</u>
LA REDACCIÓN	
A la inolvidable Maestra H. P. Blavatsky . . . . .	129
LAMPRELL ( F. A. )	
Una excursión por la Nada . . . . .	293
LUTYEUS ( EMILY )	
Adyar. . . . .	349
MAYNADÉ MATEOS ( PEPITA )	
El árbol melancólico . . . . .	12
El Rayo Cuarto . . . . .	193
Lo que tu debes . . . . .	289
MOJICA ( JOSÉ )	
Primer destello . . . . .	49
MICÓ Y ESPAÑA ( CARLOS )	
El Karma del pensamiento . . . . .	279
M. CODD ( CLARA )	
La continua plegaria. . . . .	352
NOGALES ( JUAN DE )	
Carta abierta . . . . .	55
NICOLAU ( ESTHER )	
Las ligas de bondad . . . . .	213
Socorros a Rusia. . . . .	393, 219
NOR ( LOB )	
Un puñado de verdades . . . . .	218
ORTS ( CONCHITA )	
Muy cerca brilla una luz..... . . . .	154

	<u>Páginas</u>
POWELL ( A. E. )	
La visión por la música . . . . .	241
PASCAL ( DOCTOR )	
Porque no debemos desarrollar nuestros poderes psíquicos . . . . .	383
RAYDEN ( ETHNE )	
La sombra . . . . .	21
RAMA VALENCIA	
Spinoza y la Teosofía . . . . .	1
ROVIRALTA BORRELL ( J. )	
Un caso notable de adivinación . . . . .	41
Kena Upanichad . . . . .	343
ROSO DE LUNA ( M. )	
El sol y el espíritu . . . . .	110
Las piedras oscilantes . . . . .	134
SOLÁ ( MARÍA )	
A Blavatsky . . . . .	208
Fragmentos de una vida . . . . .	225
Manjar Eucarístico . . . . .	345
SEBASTIAN BONAFÉ ( FRANCISCO )	
Canto a la Paz . . . . .	123
El emblema del Espíritu Santo . . . . .	155
Apuntes de Teosofía . . . . .	217
SUTCLIFFE ( G. E. )	
Estudios de Química Oculta y Física. . . . .	266, 331

SALVADOR (ERNESTO)

¿Qué identifica y qué diferencia a los espiritistas  
de los teósofos? . . . . . 375

TREVIÑO (MANUEL)

En socorro de nuestros hermanos rusos. . . . . 255, 157

VALERA (F.)

Vuelve, oh Señor Cristo . . . . . 25  
Vida Interior . . . . . 94

WADIA (B. P.)

Las bases de la Teosofía . . . . . 75

WELLER VAN HOOK

Algunos trabajos artísticos del Señor del sistema  
cultural . . . . . 151

WODEHOUSE (E. A.)

Ocultismo y Humorismo. . . . . 232  
El misterio de la individualización . . . . . 299

W. FERNÁNDEZ (FEDERICO)

Como conocí al Dr. D. Guillermo Rawson . . . . . 248

BIBLIOGRAFIA. . . . . 31, 256, 361  
NECROLOGIA . . . . . 30, 185  
NOTICIAS . . . . . 61, 96, 128, 158, 188, 221, 361  
SOCORROS A RUSIA . . . . . 183, 219  
ORDEN DE LA ESTRELLA DE ORIENTE . . . . . 224, 287  
ADVERTENCIA. . . . . 362





LA RESPONSABILIDAD DE LOS ARTICULOS FIRMADOS CORRESPONDE  
A SUS AUTORES, Y A LOS TRADUCTORES EN LAS TRADUCCIONES

**SUMARIO:** I. Spinoza y la Teosoffa. — II. El Árbol Melancólico, Pepita Maynadé y Mateos. — III. Carta abierta, J. Garrido. — IV. La Sombra, Ethne Rayden. — V. ¡Vuelve, oh Señor Cristo!, F. Valera. — VI. La Pena Capital, Dr. Bernabé Anzoátegui. — VII. Necrología. — VIII. Bibliografía. — Pliego 22 (tomo II) del Glosario Teosófico, Roviralta.

## SPINOZA Y LA TEOSOFIA

Al Secretario General de la Sección Española de la S. T., dedica este estudio la Sección de Filosofía y Religiones comparadas, de la Rama Valencia.

**U**NA de las ancestrales actitudes de los hombres ante las ideas ajenas ha sido el desprecio, la negación *a priori* de las mismas. Se niega porque sí todo cuanto piensan los que pertenecen a distinta religión o escuela, en vez de estudiarlo cariñosamente, tratando de investigar la verdad que indudablemente anima los ideales ajenos. Muchas veces se nos ocurre preguntar qué verán en tal o cual doctrina sus partidarios, siendo así que nosotros nada vemos en ella. Y, sin embargo, algo de verdad

hay en toda creencia, puesto que sus fieles la ven. El secreto está en que éstos la aman y, por eso, ven y conocen; porque sólo se conoce lo que se ama.

Precisamente uno de los distintivos de nuestra Sociedad Teosófica es esa tolerancia, ese amor por todas las ideas e instituciones que han contribuido o contribuyen al progreso de la humanidad. Con esa actitud francamente tolerante hemos estudiado al gran creador del más elevado panteísmo moderno, al hombre bueno que supo vivir sus enseñanzas y sacrificarse por sus ideales, al profundo pensador Benedito de Spinoza. Hemos tratado de buscar más bien la afinidad que existe entre sus ideas y las nuestras, tratando de fijarnos en los conceptos más que en las palabras, para que no nos sucediera lo que tantas veces ha sido causa de diferencias y antagonismos: la discusión por causa de los vocablos, en perjuicio de las doctrinas.

## LO ABSOLUTO

Para Spinoza, la sustancia divina es fuente de la vida universal, es la realidad única, el Ser del cual todas las cosas son modos o atributos. «Sustancia es aquello en sí y concebido por sí, es decir, aquello cuyo concepto puede formarse sin acudir al concepto de ninguna otra cosa». Y como lo relativo no es en sí, ni es causa de sí mismo, sólo existe una Causa primera de todas las causas; y como nada se concibe por sí, sino el concepto primero de todos los conceptos, se deduce que sólo es Dios causa de sí, luego sólo Dios es sustancia y no hay más sustancia que la divina.

He aquí la soberana definición que de la divinidad nos da Spinoza: «Entiendo por Dios el Ser absolutamente infinito, es decir, la sustancia constituida por una infinidad de atributos infinitos, cada uno de los cuales expresa una esencia eterna e infinita».

Infinitas son las manifestaciones de lo divino; infinitas las categorías de seres; infinitos los seres comprendidos dentro de cada categoría; infinitos los atributos y posibilidades de cada ser, etcétera, etc.; porque *lo absoluto* siempre procede por infinitos. Tratemos de contar el número de los planetas, y no hallaremos la ci-



fra que los represente; contemos los átomos de cada planeta, y las matemáticas enmudecerán sin dar siquiera la cifra aproximada. Todos los atributos de Dios son infinitos: Eterno es el Tiempo, ilimitado es el Espacio. Para Spinoza no hay más que ese infinito de infinitos en que todo *es, piensa y vive*.

Pero cuando Spinoza llega al colmo de su atrevimiento, es al afirmar que Dios no es libre. ¡Cuántos espíritus timoratos se habrán escandalizado ante tan soberbia afirmación! Y es que cuando se dice que Dios es libre, se pretende dotarle de una voluntad caprichosa, antojadiza, propia de hombres vulgares. «Dios no es libre, en el *sentido vulgar* de la palabra»; porque nada hay superior a Dios, ni Dios está sujeto a ningún fin, a ningún destino; puesto que es fin de sí mismo y es su propio destino.

Sólo teniendo una idea mezquina de Dios, se puede afirmar con el materialista Tuttle: «Desde la polilla que revolotea a los rayos del sol, hasta la inteligencia humana procedente de las masas medulares del cerebro, todo está sujeto a principios fijos: luego Dios no existe». Absurda parecerá la anterior conclusión; pero, admitida la libertad antropomórfica, caprichosa, antojadiza de la divinidad, que contrasta con la inmutabilidad de las leyes naturales, es necesario llegar a semejante conclusión. No, Dios no obra por voluntades particulares, según dijo Malebranche. La voluntad de Dios es Ley universal, tan perfectísima, que excluye toda intervención providencial de la Divinidad. Las leyes que sostienen los mundos dentro de sus órbitas, que regulan el desenvolvimiento del espíritu y presiden la evolución de los seres son la voluntad de Dios, eterna, inmutable, exacta. Y esa inmutabilidad de la Ley es la mayor garantía de la evolución.

### LO MANIFESTADO

«Nada viene de nada», dice Spinoza. También Krishna, miles de años antes había exclamado: «Lo que es no puede dejar de ser». Y Salomón: «¿Qué es lo que es? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará, y nada hay nuevo debajo del sol».

Para Spinoza todo es en Dios y por Dios; más todavía, todo es Dios. «Él es causa; pero causa inmanente de las cosas, causa que no se separa del efecto y en la cual el efecto mismo permanece».

Por eso para Spinoza no hay ni puede haber evolución; porque el Ser no puede ser más Ser de lo que es, ni hay posibilidad de ulterior desarrollo. Y, sin embargo, ni aun en esto hay contradicción con las enseñanzas teosóficas. También nosotros reconocemos que la sustancia no puede evolucionar. «Recordemos que Aquél es siempre y en Él no cabe llegar a ser». (Annie Besant, Sabiduría de los Upanishadas, Cap. 1.º) ¿Pero equivale esto a negar en redondo la evolución del Universo? En modo alguno y vamos a explicar por qué, apoyándonos en el criterio mismo de Spinoza.

«Hay *Naturaleza naturante* y *Naturaleza naturada*». La primera es la Realidad que se hace Naturaleza; es la Unidad que se hace multiplicidad, es el Ser que se diversifica, es lo que pudiéramos llamar el modo-único de Dios, del cual se pasa a los modos infinitos. La *Naturaleza naturada* es también Dios; pero Dios como naturaleza, como manifestación, como universo. Dios determinado, no Dios en su esencia. Recuérdense las palabras de Annie Besant que aclaran estos conceptos: «No existen Él y el Universo; sino Él como Universo». (Sabiduría de los Upanishadas, Capítulo 1.º). «*El Cielo y la Tierra están en El Infinito; el Cielo y la Tierra viven eternamente en El Infinito*. Ciertamente no se han engendrado a sí mismos; por ésto se sabe que son eternos». (Lao-Tse. TAO Est. 7.ª).

He ahí como Spinoza nos abre camino para resolver el problema de la evolución, no obstante la Unidad de la sustancia. Una vez hecha *Naturaleza naturada*, la *Naturante*, por decirlo así, la evolución es posible y hasta necesaria; puesto que para nuestro filósofo los modos de Dios no son iguales unos a otros, y esa diversificación de los mismos no es otra cosa que la evolución, la transformación, sin alterar la inmutabilidad de la sustancia.

Veamos ahora el paralelismo existente entre las doctrinas spinozistas y las teosóficas, en lo que concierne al proceso de la diferenciación.

Según el pensador de Amsterdam, los más altos modos o escalones de la *naturaleza naturada*, emanan directamente de la Sus-

tancia y están eternamente compenetrados con ella. Si Spinoza deja velado su pensamiento en este punto, no hay más remedio que concederle la razón una vez más. ¿Cómo se determina lo indeterminado? ¿Cómo y qué son los primeros modos de la Sustancia? La inteligencia humana no puede abarcar tanta inmensidad y se postra humildemente ante el secreto de lo Absoluto.

El primer modo de la sustancia es Dios, y como consecuencia de la determinación, siguen inmediatamente los otros dos modos que en realidad son uno: La extensión y el pensamiento.

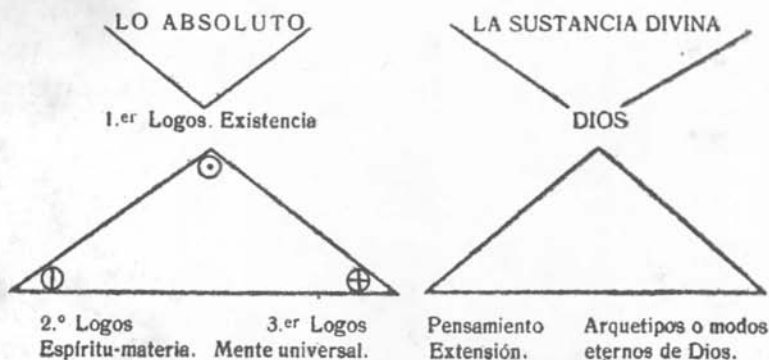
Ahora bien, fijémonos en que, según nuestro pensador, «está en la naturaleza de la sustancia desenvolverse en una infinidad de atributos infinitos, infinitamente modificados», y que «cada uno de los atributos infinitos expresa una esencia también eterna e infinita». «Entre la sustancia en su unidad y las cosas particulares determinadas, se colocan los modos infinitos de Dios». ¿Quién no vé en lo que antecede una idea clarísima, un soberbio concepto, una expresión sublime de la Mente Universal, de la inteligencia-arquetipo, de los Universales según los que se realiza la diferenciación?

El resumen de lo que antecede, puede verse en el siguiente diagrama:

SEGUN LA TEOSOFÍA

SEGUN SPINOZA

## CAUSA PRIMERA



Para aclarar algunas ideas, no podemos menos de exponer el admirable concepto spinozista, que define la correlación, mejor dicho, la identidad del Pensamiento y la Extensión. Dice un ilustre comentarista del autor que estudiamos: «Spinoza establece un extraño paralelismo entre las cosas y la idea de las cosas. al afirmar que la idea del cuerpo y el cuerpo mismo no son sino un solo individuo, considerado una vez bajo el aspecto Extensión y otra bajo el aspecto Pensamiento. El cuerpo no es más que el objeto de la idea; la idea no es otra cosa que la forma del cuerpo. El mundo de los espíritus corresponde al mundo de los cuerpos; existe un paralelismo eterno entre el desarrollo de las sustancias Extensión y Pensamiento. Cada idea tiene su objeto. Cada objeto tiene su idea.» (E. R. Bahamonde, Introducción al tratado Teológico-Político).

En corroboración de lo anterior y para demostrar una vez más la identidad de ciertas enseñanzas de Spinoza con las teosóficas, citaremos un párrafo de la Sabiduría Antigua de la señora Annie Besant, Cap. 1.º «La fuerza y la materia están unidas por indisoluble lazo a través de todas las edades de la vida universal y nada puede separarlas. La materia es la forma y no hay forma que no exprese vida; el espíritu es la vida y no hay vida que no esté limitada por la forma».

No hay, pues, dualismo. El Espíritu y la Materia son una misma cosa bajo dos aspectos distintos. «El alma no es más que el cuerpo que se piensa; el cuerpo no es más que el alma que se extiende», ha dicho Lessing, discípulo de Spinoza.

Por eso, para éste, todo cuanto existe en el espacio supone una realidad en el mundo de la idea. No podemos dudar de que los animales sienten, dice nuestro pensador, y que por lo tanto tienen alma, como tienen alma las plantas y hasta los minerales.

## DEL SER HUMANO

Otro problema que se presenta al estudiar la filosofía spinozista es el tan debatido del determinismo y libre albedrío. También aquí se discute en parte por las palabras y no por los conceptos. Por una parte tienen razón los deterministas al afirmar la

necesidad, la causalidad de los actos humanos; por otra, nuestra conciencia nos dice que somos libres para realizar nuestro destino. ¿No podrían armonizarse tan opuestos puntos de vista? ¿No podremos jamás llegar a un acuerdo? ¿Se ha intentado siquiera? Nosotros creemos que la Teosofía llena cumplidamente el vacío que separa a tan opuestas tendencias.

Para Spinoza, el libre albedrío es una ilusión, parecida a la que pudiera forjarse una piedra pensando, al caer al suelo, que el hecho se cumple según su voluntad. En realidad, puesto que según nuestro pensador todo es Dios omnipresente y omnipotente, no hay más voluntad que la divina. Oscuro nos parece todo cuanto se refiere a este particular y esperamos que en una próxima lectura detenida y meditada de la *Ética*, podremos penetrar perfectamente el pensamiento del autor. El hombre se siente llevado necesariamente hacia el amor divino y, por tanto, el verdadero ideal de la libertad es la fusión del ser que conoce, hombre, con el ser conocido, Dios. «Solo el Brahman interior puede conocer al Brahma exterior». Recuérdense las palabras de Ramakrishna: El ignorante dice *yo hago esto o lo otro*; pero el sabio conoce que sólo Dios hace todas las cosas. El hombre se siente necesariamente llevado hacia lo divino y no puede sustraerse a este impulso». Todo el proceso de la evolución es un desenvolvimiento gradual, espontáneamente impelido desde el interior y solicitado exteriormente por los seres inteligentes que *pueden retardar o acelerar su evolución sin sobrepujar nunca la norma de las capacidades inherentes a los materiales*. «Las anteriores palabras de la señora Annie Besant, lo mismo que otras de diferentes autores teosóficos, nos demuestran que la evolución del mundo es necesaria y que el libre albedrío se contrae a retardarla o acelerarla sin anularla nunca.

Todas estas ideas de Spinoza tal vez nos parezcan un poco absurdas a los partidarios del libre albedrío. Si el hombre obra necesariamente, ¿cuál es su responsabilidad? ¿qué es sino autómatas, un muñeco, un instrumento en manos ajenas?

Sin embargo, no cabe negar que el hombre se siente impulsado a la felicidad, que escoge entre los bienes relativos el que considera mejor. La escolástica dice que la libertad de elección se fun-

da en una indeterminación del juicio que, solicitado por dos bienes relativos, puede escoger uno cualquiera de ellos, porque lo considera un bien, o puede rechazarlo, porque no es el Bien, ya que solamente el Bien universal es verdadero fin de la voluntad humana. *Solus Deus voluntatem hominis implere potest*. Pero también, dada la ley de causalidad que gobierna el mundo, cabe preguntarse si la elección puede ser no necesaria, no determinada por el mayor bien. Una elección indeterminada sería casual y tendría razón Leibnitz al afirmar que «una elección de tal naturaleza, sería una casualidad, un absurdo, y yo no admito una indiferencia de equilibrio, ni creo que se elija cuando se es absolutamente indiferente».

No se puede negar peso a las anteriores consideraciones del determinismo; pero ¿no podría intentarse una solución armónica? Nosotros afirmamos que sí y que la Teosofía, con sus doctrinas de reencarnación y karma, tiene la solución anhelada. Trataremos de exponerla según nuestras limitadas capacidades; pero creemos que otras inteligencias más despiertas que las nuestras pueden, sobre la misma base, construir un puente que una las dos tendencias que han separado a los diferentes pensadores de todas las épocas.

Acaso la siguiente sentencia de Shopenhauer, explicada según el criterio teosófico, descifrará el enigma: «El hombre obra necesariamente según aquello que es; pero es libre para ser lo que es».

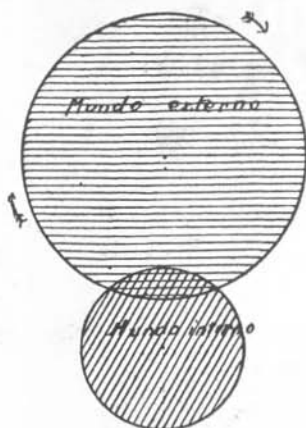
No cabe duda de que, a la presencia de algo que solicita nuestra voluntad, nos decidimos por lo que consideramos mejor, es decir, que se elije causalmente. Pero lo que es mejor para unos, es peor para otros, según el carácter y criterio de cada cual. Es, pues, la elección, consecuencia del modo de ser del elector. Un ejemplo: Supongamos un hombre impulsivo, pasional, que alimenta continuamente pensamientos de ira, que considera justa la venganza, que se deja dominar por sus pasiones violentas. Supongamos que un camarada de taberna le infiere un agravio y en un arrebató de ira nuestro hombre comete un crimen. Mató porque su criterio juzgaba justa la venganza; porque su temperamento era irascible, porque así era su carácter; *obró, pues, necesariamente, causalmente, según aquello que era.*

Ahora bien. ¿qué es nuestro carácter, sino nuestra propia obra? El hombre es un ser que piensa y en aquello que el hombre piensa, en aquello se convierte. Somos nuestros propios creadores, engendramos nuestras propias tendencias, alimentamos nuestras pasiones, somos como nos hicimos en el proceso de nuestras vidas anteriores. No se olvide que la repetición de un acto engendra un hábito; que el hábito se transforma en costumbre, y que la costumbre termina por ser cualidad inherente a nuestro carácter. Lo que Spalding dijo referente a las especies, puede aplicarse a los individuos: «Los instintos de las generaciones presentes son el resultado de las experiencias acumuladas por los antepasados». De todo lo cual se deduce que *el hombre es libre para ser lo que es*, y responsable por lo tanto ante la ley kármica. La Sociedad de Astrología moderna coloca siempre al frente de sus horóscopos la siguiente sentencia que resume admirablemente la posición del hombre frente al destino: «El carácter es el destino».

\* \* \*

El karma tiene doble aspecto. Nuestras actuaciones físicas, astrales y mentales repercuten directamente en nuestro mundo interno e influyen al mismo tiempo en el externo. Un pensamiento de baja calidad atrae a nuestros vehículos cierta cantidad de materia mental inferior y engendra a la vez una vibración que se propaga por el mundo del pensamiento. Lo mismo puede decirse de nuestras actuaciones astrales y físicas. Ahora bien, según nos enseña la Teosofía, cuanto salió de nosotros a nosotros vuelve; toda vibración que promovimos, vuelve para cerrar sobre nosotros su círculo. Las situaciones de la vida, los torbellinos en que se desatan a veces nuestras pasiones, nuestras luchas y tormentas mentales, el influjo de las estrellas, por decirlo así, son el efecto de una causa que nosotros engendramos. Conociendo, pues, el carácter de un individuo, o sea el efecto que sus actuaciones pasadas produjeron en el mundo interno, y pudiendo leer en los planos superiores las vibraciones promovidas por el mismo individuo no hay dificultad en conocer como se conducirá éste ante los efec-

tos de sus causas. Los innegables fenómenos de premonición resultan, de esta manera, compatibles con el libre albedrío. En el siguiente diagrama puede resumirse todo lo que antecede:



Las líneas del círculo menor indican nuestro modo de ser, nuestro carácter; las del mayor simbolizan la calidad de las vibraciones engendradas y que, por ley kármica, se cierran sobre nosotros; la superficie común a los dos círculos representa nuestra conducta ante las circunstancias kármicas. Si se hubieran podido colorear los círculos, hubiera resultado el símbolo más perfecto. Siendo por ejemplo azul el menor y blanco el mayor, la resultante sería una combinación blanqui-azul.

Sin embargo, creemos que nuestra elección se puede modificar, puesto que puede modificarse el carácter. De la misma manera que despertamos en nosotros determinadas tendencias, podemos también contrarrestarlas y anularlas. El fin que nos proponemos realizar engendra nuestro pensamiento, y la repetición del pensamiento, promueve la acción; por eso dijo profundamente Aristóteles que el fin es principio del pensamiento, y el último pensamiento es el comienzo de la acción.

Se nos han ocurrido estas ideas al estudiar el problema del libre albedrío. Debemos hacer constar, no obstante todo lo que antecede, que nosotros somos partidarios de la libertad humana, porque el hombre tiene en sí una energía que puede subyugar sus



propias tendencias, que puede alterar su propio destino, puesto que las estrellas inclinan, pero no obligan, según el aforismo astrológico. De todos modos, lo cierto es que los deterministas, con Spinoza al frente, conceden que el fin del hombre es Dios (no hablamos del determinismo biológico ni del mecanicista), y que los libreatributistas, con san Agustín al frente, proclaman: *Feciste nos ad te Deus, et irrequietum est cor nostrum, donec quiescat in Te*. Nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en Dios. ¿Qué importa que difieran en los medios, en los detalles, los que concuerdan en el fin, en el conjunto, en el fondo?

\* \* \*

Y aquí termina el estudio que hemos hecho de las doctrinas spinozistas. La buena voluntad nos ha guiado, y si hay errores, hijos serán de nuestra ignorancia y no de nuestro deseo.

Hemos creído más conveniente tratar de comprender que de negar. No creemos que hubiera sido procedente prevenirse contra ciertas enseñanzas que, como el determinismo, parecen envolver contradicción con las enseñanzas de la Teosofía, y nuestro deseo ha sido armonizar hasta los puntos más opuestos. Sólo nos ha movido el amor a la verdad, acompañado de la tolerancia más amplia, porque como dijo el sabio obispo de Hipona: «*Sapientia et veritas, nisi totis animae viribus concupiscatur, nullo modo inveniri poterit*». «La sabiduría y la verdad no pueden encontrarse si no se las ama con todas las fuerzas del alma».

*Noviembre de 1921.*

Rama Valencia de la S. T.





## EL ARBOL MELANCÓLICO

En la isla de Goa, cerca de Bombay, se cría un árbol muy singular, conocido con el nombre de «árbol melancólico», porque sólo tiene flores durante la noche.

Al ponerse el sol, no se vé en sus ramas una sola flor; pero media hora después se cubre de ellas materialmente. En cuanto empieza a amanecer, la mayor parte de las flores se desprenden de las ramas y caen al suelo, mientras que las demás se cierran, y este fenómeno se reproduce durante todas las noches del año.

(De la revista «Lumen» de Tarrasa)

¿Por qué?—preguntó mi eterna curiosidad irreprimible ante el misterio. Más irreprimible aún en mí, cuando el enigma se envuelve castamente en un velo de brumas de melancolía y ensoñación.

«Todo tiene en la vida su razón de ser. Toda manifestación responde a una idea preconcebida. Todo tiene su íntima historia de odio o de amor, de muerte o de vida, que graba como un reflejo al alma en el espejo pasivo de la forma. Al descomponerse en fragmentos la primordial materia de Dios, lleva cada fragmento un nombre y cada nombre una idea y cada idea una manifestación. Y de la manifestada acción consecutiva nace en un iris de promesas (sonidos y colores en luminosa vibración buscadora de armonías) una historia quedamente cantada, porque todo canto es vida, notas fugitivas de orquestales cadencias lejanas e ignotas del magno poema inmortal del supremo Canto de Vida»..... — me dijo a boca de jarro, locuaz y atolondrado, precipitado por un sin fin de teorías y justificaciones, mi mismo pensamiento.

Y el corazón, más impulsivo, aunque huérfano de sentencias habladas, quiso sentir, quiso saber esa historia lejana que presen-

tía cálida, tierna, como el roce suave de sedoso terciopelo de los ojos negros, levemente entornados, de una odalisca enamorada, hurí perfumada del harén paradisiaco de un rajá oriental....

Y alada, sobre el lomo blando del ave ilusión, voló mi alma al oriente, en busca del árbol melancólico, en la diáfana isla del ensueño, allá en Goa, cerca de Bombay....

\* \* \*

¿Quién te lo dijo a tí, alma turbida del brumoso occidente, que dormidas mis flores en el día abríanse en la noche en el blanco milagro de su soberbia floración?

¿Quién pretendió divulgar el esquema de mi historia a la vera de tus lares nauseabundos, entre raquiticas plantas amarillas y escuálidas como vuestras caras que ostentan su nota mísera entre la miseria de una tierra endurecida y estéril, entre fuentes mudas, entre montañas áridas, entre mares de aguas verdosas como ciénaga encharcada, bajo cielos incrustados en un nácar de plomiza gama que no enciende con la azulidad purísima de sus luces todos los espíritus que allí aletean y todas las formas que ya nacen muriendo, quién?

¿Lo dibujaron agradecidas las estrellas en el cielo con las cifras cabalísticas de su lenguaje celeste? ¿O lo cantó el viento feliz prodigando a tus oídos las blanduras de su áurea existencia voladora?

Si dicen que en occidente ya ni las flores sueñan... ¿cómo soñaréis vosotros, los humanos, si vivís encerrados en la perenne jaula ovoide de negruras que os circunda y envuelve como un vallado de materialidad y prohibición? Si dicen que allí es cada hombre como una cárcel de obscuridades, lóbrega como aquella en que murió Azahiana, la infiel de Loharcín; si dicen las brisas que lo vieron, que allí los hombres apenas si elevan el estandarte de su ideal una pulgada de la prisión inmundada de su carne.

Escucha, si hasta dicen... que las flores ya no quieren perfumes porque el vaho humano las agosta a deshora. Ahora quieren unir su aliento de infección al humano montón de escoria.

Oh, una mísera tierra sin luces ni olores...

¿Languideces en ella, tú? ¿Acaso sueñas?

Pues venid a mí los que aún soñáis, y os contaré mi historia...

Será ella suave como un arrullo de paloma al deslizarse en tus oídos que hirieron otros mitos sangrientos. Y cuéntala luego, que su frescura diáfana será tal vez para alguno de tus hermanos como una caricia blanda, como una estrofa de madrigal, como el trenzar del agua en una fuentecilla de plata que de entre un marco de hiedra surge ignota y que regala a la tierra árida y seca de las almas, su líquido cortejo de frescuras. . . . .

Érase un ocaso largo, interminable, cuyo sol muriente agonizaba en ruínas de esplendores, envuelto en el trágico sudario de unas nubes rojas, hundiéndose lentamente tras la tumba negra de las montañas lejanas.

Y su beso de despedida tenía para la naturaleza amada amargores de desesperación. Y en la copa de los árboles más altos, derramó el postrero licor de su vida en la roja sangre burbujeante como en la consagración de un grandioso juramento. Después, la escala de ocre que teñía antes el paraje, volvióse azul, muriendo el día en la placidez tranquila de su hora violada, bañándose el cielo en ondas de zafiro...

La serenidad augusta de la noche cobijaba la tierra trémula y fría, pregonando negruras,....

Entonces, ¡oh pálida soñadora de occidente! dormía yo como todos los árboles y todas las plantas, la trompetería gloriosa de nevada felpa del tesoro de mis flores. Entonces, a la hora del crepúsculo, las mecía en mis ramas cantándoles con el aleteo de las hojas, la romanza que entonan los devas en el umbral del Nirvana.....

Hasta que las almitas blancas de mis flores surcaron el éter, camino de las mayávicas regiones del ensueño....

Pero una noche, en la hora más sombría de su reinado, abrió callandito un pétalo la flor más alta de mi rico penacho de olores, y con el ojillo dorado de su cáliz vió incommovible la negra faz del firmamento. Y en su cara de enigma, bajo el crespón de su manto, atisbó la lágrima de una estrella brotar encendida de sus pupilas negras, y resbalar sobre la mejilla ardiente de la inmensa bóveda, dejando en ella un recuerdo de plata. La noche lloraba...

Veló mi flor, abierta al misterio, abierta al dolor.



convertirla en negra.<sup>2</sup>Una página que se nos presentó a nuestro albedrío inmaculada.....

Sí, hija, dices bien, somos ingratos para la noche dolorosa, somos ingratos.... ¿qué harías, tú?

—¿Yo, padre?— me respondió mi flor con un calor que jamás soñara en ella.—Yo os rogaría con toda el alma que ya que todas las flores duermen en la noche el sueño de la ingratitud y de la indiferencia, cantemos nosotras el cariño de nuestro amor por ella y alegraremos su existencia triste..... ¿Acaso la gloria de la caridad y del bien hecho en la sombra no es más bella que todos los halagos altaneros del día? Tú, padre, cantarás con el suave balancear de tus tronquillos y el leve ondeo de las hojas, un cántico a su nombre con los murmullos ténues, con los dejos cadenciosos de una vina dorada. Quedito, muy quedito, por no despertar las flores dormidas al ensueño de su falsa gloria. Y la noche triste oirá el ensalmo en su soberana quietud, y brillarán con más fuego las estrellas, lámparas de un jardín de maravilla y gozarán en el descomponer de sus luces sobre las joyas del rocío con que orlaremos los bordes caídos de nuestras caritas blancas, como diamantes solitarios y austeros..... Y si un día la noche nos vé y sonríe al contemplarnos con la luz de sus estrellas, ¿no seremos más felices en nuestro aparente olvido de la pomposa luz halagadora del día, que las flores de ilusión que se abren sólo a las risas de sus luces? ¡Si hasta temblaremos de goce y de emoción al recibir al entreabrirnos la tembladora mirada del primer lucero, padre!.....

Y desde aquel día, ¡oh pálida soñadora del brumoso occidente! durmieron mis flores al nacer el día y despertaron cuando envolvía aún en sus purpúreos resplandores postreros las primeras flores desveladas, el sol vencido.

¿Meditas, extranjera? ¿Te juzgas ya con hartó montón de lino fantaseoso para hilarlo luego en la rueca encantada de tus sueños? Espera, espera.

Otro día, cuando desgranaba la aurora el rosario de sus tonos de encanto entre celajes de bruma y plegábanse en su cuna de nácares para dormirse mis flores en capullo, arrulladas por los sonos argentinos de las gargantas canoras de mil aves de colores, per-

cibí en la rugosa corteza de mi abrupto tronco, el roce muelle de una flor que me llamaba. Abrió con disimulo un pétalo que la cubría y con su vocecita de dulzuras susurró a mi oído impregnándome con su aliento de aromas:

—¿Padre, no sabéis? Desvelada he saludado al día y he visto al viento vagar llorando en torno de mí. Primero nos llamó con la fresca alegría de sus trovas pasadas. Luego, en el desespero de su desencanto por nuestro olvido, nos abraza y sacude, gimiendo la elegía de su añoranza sobre sus flores dormidas, sus favoritas de amor que brindaban a sus caricias primeras todo el encanto de aromas prendiéndolo con besos en sus alas.

Ahora, padre, la canción de su amor es triste, muy triste. Sólo unas ramillas en la altura responden y se inclinan enternecidas a sus súplicas desesperadas y su voz de consuelo es para él un silbido que le hierde como un puñal, que le daña como una herida..... Pobre vientecillo mío..... ¡qué ingratas somos con él, padre!

—¿Pero hija, qué vamos a hacer, entonces? Lloro la noche el olvido de las flores y a ella os abris en ansias de caridad y de consuelos, y si llora el viento, ¿debemos dejar de nuevo en olvido la noche, para no dejarle a él olvidado, huérfano del amor de sus flores favoritas? ¿Qué harías tú, hija?

—¿Yo, padre? — me respondió con cálida vehemencia que jamás soñara.—Yo me daría al viento. Yo quisiera que la mitad de mis hermanitas, las que se inclinan hacia la tierra, le tendieran en la mañana sus bracitos, mirándole con alegría al sonreír de su cáliz. Y en amor de sacrificio, padre, nos entregaríamos a él y en sus alas le brindaríamos, en lugar de una caricia fugaz como antaño, nuestro perpétuo estuche de aromas como una escolta de felicidad a sus desvelos.....

Ví a aquella hija de mi alma muy alta en su altruísta decisión, muy grande en su piedad.

Escondí entre las arrugas de mi corteza una lágrima que resbalaba, como la flor ardiente de la savia de mi corazón herido, y pude decir:

—Id, hijas mías, id.

Y las ofrecí temblando al viento que lloraba, que las envolvió en la cálida caricia de su ansioso abrazo y huyó con ellas, lejos,

lejos, dejándome para consuelo cada una un beso de aroma de despedida y una gota verde como una esmeralda en el extremo de sus tallos rotos.

Entonces sentí la savia correr precipitada por mis venas, agitada por la pasión del sacrificio, y el sollozo que reprimí en mis entrañas, ¡oh pálida soñadora del prosaico occidente! floreció a la mañana del otro día en una bendición de capullos blancos, convexo abanico de gentil princesa, que con alegría ofrecí entonces entero al viento y a la noche, a las estrellas del cielo y a los rumores del día.....

Y comprendí que hay una ley inmensa, muy inmensa, que rige el código superior de las bondades ignoradas.

Que es como el incienso del sacrificio, que al llegar al cielo de la retribución, cuanto más se eleva, se ensancha y resplandece como una nube blanca que cubre el firmamento. Y que es, en suma, el hilillo azulado que se quema en el sacrificio ignorado en un rincón del mundo, de un mísero pebetero.

Vuelve a tus lares, ¡oh pálida soñadora de occidente!, y cuenta a tus hermanos la leyenda de mi vida. Diles que aunque alguna vez lloraren la tierna despedida de unas flores de ilusión, si las ofrecen en aras del cielo o de la tierra, florecerán de nuevo en su alma en un milagro de blancas flores de pureza y de alegría, en una más alta ilusión.

Que lo que damos de corazón a los hijos y a las cosas de Dios, a nosotros mismos lo damos.

\*\*\*

Sobre el lomo encantado del ave de la fantasía, atravesé de un vuelo las llanuras y los montes patrios, cubiertos de una densa neblina de prosaísmo y materialidad.

Llegaba del viaje feliz de mi corta estancia en oriente, en la diáfana isla del ensueño, allá en Goa, cerca de Bombay.....

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.





## CARTA ABIERTA

Señor don Juan de Nogales, M. S. T.

Muy señor mío :

Acabo de leer un folleto titulado *Nubarrones en la S. T.*, cuyo autor se firma Yvan de Nogales, y me dicen es usted.

Nada tengo que oponer a las especialísimas opiniones de usted, puesto que la S. T. tiene por lema la tolerancia más amplia, y entre nosotros no existen dogmas. Es Vd. muy dueño de creer o no en la misión providencial de J. Krishnamurti; de ser o no partidario de la Iglesia Liberal Católica o de cualquiera otra Iglesia; de considerar valioso o absurdo el culto del Sagrado Corazón de Jesús, — que son los tres puntos a que se refiere su trabajo.

Pero lo que está en pugna con el espíritu de nuestra Sociedad, con su primer objeto de «formar un núcleo de Fraternidad humana», es el empleo de los medios de que Vd. se vale. Si en alguna sociedad que Vd. parece detestar «el fin justifica los medios», ésta no es la moral de la S. T., que altivamente enarbola la bandera de que: «no hay Religión más elevada que la verdad».

Al ocuparse de lo que llama Vd. el mito de Alcyone, lanza usted la especie, (*sin asegurar que está en lo cierto*), de que el libro *A los pies del Maestro*, fué hecho por Annie Besant, «por ser él incapaz de hacerlo», siendo esto opinión corriente, según usted dice, aunque por mi parte pueda afirmar que es la primera vez que veo tal afirmación, a pesar de haber residido dos años en el extranjero y haber hablado con miembros S. T. de todas las partes del mundo. Resulta, pues, que Vd., *sin pruebas de ninguna clase*, difama a la presidenta de la S. T. y a uno de sus miembros, suponiendo, *gratuitamente*, que han faltado a la verdad a sabiendas. Y esto es muy grave.

Yo no veo como compagina Vd. su modo de proceder con el primero de los objetos de la S. T. que Vd. se comprometió libremente a perseguir, al firmar su solicitud de ingreso. Porque no creo pretenda Vd. que su escrito sea fraternal para dos miembros de la S. T. eminentes, y para la gran mayoría de los M. S. T. que los estiman y los distinguen.

He tenido la honra de conocer personalmente al Sr. Krishnamurti, y de hablar con personas que le conocen muy bien. Puedo asegurar que cuantos le tratan sienten por él un gran respeto, a pesar de su corta edad. Puedo asegurar, además, *por constarme personalmente*, que el carácter de Alcyone se revela ya hoy como el de un hombre extraordinariamente enérgico, al par que lleno de compasión por los sufrimientos del mundo. Nadie ha pretendido que Alcyone sea hoy un Maestro. Algunos M. S. T., significados, han afirmado que era un discípulo, por cuya boca hablará en su día un Gran Sér. Pero esto no es ningún artículo de fe para los M. S. T., que pueden aceptarlo o no, sin necesidad de achacar a los demás segundas intenciones. Esto último no puede tolerarse, y menos aún públicamente, en ninguna Sociedad de personas correctas, y a mayor abundamiento en la S. T.

El señor Krishnamurti ha frecuentado en Inglaterra los centros universitarios. En Francia, ha permanecido dos años, frecuentando la Sorbona y los centros de cultura y de arte de París. Usted, que dice que nuestra fe debe ser razonada, debiera comprender que esto es más *razonable*, (en el supuesto de que Alcyone estuviese llamado a representar un papel de la altura que algunos le asignan), que suponer, como Vd., que había de tratarse de un ser omnisciente desde la cuna, cuando debe Vd. saber que esto no ha ocurrido ni aun en el caso de los más altos iniciados. Jesús no empezó su misión hasta los treinta años de edad, aunque se dice que a los doce discutía con los doctores del templo. El mismo Buddha se retiró a la soledad sólo a los 29 años, después de haber estado casado y de haber tenido un hijo.

Lanza Vd. también sobre los respetables M. S. T. señores Leadbeater y Wedgwood, la acusación *gratuita* de que *en la sombra se dan la mano con Roma*. De otros M. S. T. que Vd. no nombra, pero que son sin duda españoles, dice Vd. que son

*soi-disant* teósofos, «de capa únicamente teosófica, pero de corazón jesuita». Y termina Vd. su libelo injuriando una vez más a Mr. Leadbeater, según Vd. «funesto» y «nefasto», sólo por una frase suelta, (sin citar sus antecedentes ni sus deducciones), de uno de sus innumerables libros y artículos que su pluma ha producido, y en los cuales hemos aprendido casi todos nosotros, los rudimentos de aquello que hoy creemos saber mejor.

Su escrito es, pues, poco fraternal, demoledor *sin pruebas* de lo que para otros de sus hermanos es algo de mucho valor. Es un escrito que rebosa intolerancia y que no puede admitirse en esta forma en un M. S. T. Así pues, le ruego examine bien de nuevo sus afirmaciones. Si las sigue sosteniendo, deberá, al menos, probar lo que dice. Y si no puede, como creo que no podrá, debe usted rectificar sus juicios y hacer propósito de vivir en adelante la vida realmente fraternal que le brinda la S. T., donde puede usted exponer todas las ideas que quiera, *pero respetando las opiniones de los demás*. De no hacerlo así, me vería en la dolorosa necesidad de examinar su caso, y consultar si su acto poco fraternal, puede tener cabida en la S. T. para que ésta subsista sin mengua de su decoro.

De Vd. atento s. s.

J. GARRIDO.  
S. G. de la S. T. E.



## LA SOMBRA



REINABA silencio sublime en las regiones celestes y el alma del mundo, radiante y gloriosa, descendía enviando sus potentes rayos al plano de la tierra.

Sonriente y sereno yacía el mundo en la materia, descansando en paz de los trastornos que su formación le causara, cuando el hombre, casi terminada su física involución, aguardaba la imagen de Dios: su espíritu.

El alma del mundo detúvose en su descenso por breves instantes, para dirigir su mirada al plano del conocimiento del Gran Todo donde habitó desde que surgió del foco de la vida. Entonces

pudo contemplar que los planos superiores se interpenetraban de modo que el uno rodeaba el vasto centro del otro; y vió también por vez primera, que una sombra intensa circundaba cada plano cual rodea el engaste a la preciosa gema que sustenta.

El fúlgido Centro del Todo aparecía asimismo nimbado de una sombra, mas era ésta radiante y como de purpúreo aterciopelado.

Ante tal indecible esplendor, el alma del mundo bajó la frente, y cubriéndose el rostro con sus brillantes alas, adoró aquel profundo misterio.

¿Qué es la sombra? preguntábase el alma del mundo en lo más íntimo de su ser; y uno de los siete espíritus de la creación envióle las vibraciones de su voz diciéndole: Esa sombra es el lado negativo del Gran Todo, sin el cual no sería posible que la luz brillase, es la parte no manifestada de Dios. Tú también tienes tu parte obscura; guárdate bien, pues sin ella no podrías ver tu propio esplendor.

A tí te ha sido confiado el cargo de gran alquimista para mezclar lo más excelso con lo más bajo de lo manifestado, y extraer toda substancia para dirigirla hacia la unidad consciente con el foco de la vida.

El alma del mundo levantó su rostro sonriente en señal de gratitud por la revelación que se le hacía, y extendiendo sus lumínicas alas prosiguió descendiendo majestuosamente hasta el plano de la tierra para ponerse en contacto con la materia y entrar así en la gran prueba de la conciencia.

¡Y qué inefable gozo experimentó al iniciar su experiencia! Por los ojos de los hombres vió la belleza incomparable del paraíso terrenal. Por medio del cuerpo de los hombres saboreó el gozo del vivir; el cálido beso del sol la acarició; el fresco césped le sirvió de lecho; los delicados frutos de la tierra fueron su alimento y las aguas de los mares y los ríos diéronle vitalidad y ufanía. Entonces comprendió el amor, sintió paz y alegría con el inmenso privilegio de vivir la vida terrena, adquiriendo la conciencia de los planos superiores.

La tarea del gran alquimista empezó, y el hombre, merced al alma del mundo, fué elevándose al conocimiento de sus derechos de nacimiento y vió que era divino su abolengo.

Pero el alma del mundo no se sentía todavía satisfecha; le intrigaba de manera irresistible el misterio de la sombra, parte negativa de todo lo creado. Y entregóse a la meditación; quería saber más, pero una vana curiosidad empezó a empañar la claridad de su visión mental. Una nube indefinida y vaga al principio fué adquiriendo forma en la mente del hombre hasta convertirse en un espectro siniestro del que en vano pugnaba por huir, y sobre-

cogida de espanto el alma del mundo preguntaba: Si el sol cesara de brillar, ¿no se producirían acaso daños incalculables? ¿No dejarían de madurar los frutos de la tierra viniendo como consecuencia el hambre? ¿Que cataclismos horribles no amenazarían al mundo si esa sombra oscura se extendiera por todos los ámbitos de la tierra?

La visión antes clara y ahora sombría del alma del mundo fué causa de que el hombre empezara a ver esta hermosa tierra de un color menos rosado que antes. Un pensamiento sombrío y nefando se levantó en la mente humana, oscureciendo el esplendor de la vida y pareciendo que brotaban abrojos y cizaña donde antes nacían flores y frutos.

Presas de horror y de angustia ante tantas negruras que ella misma se había forjado, el alma del mundo lanzó un penetrante grito de desesperación. ¿Qué había ocurrido? En vano intentó levantarse para huir del plano de la tierra; su funesto pensamiento quedó aprisionado en la tupida red de lo terreno. Permaneció su conciencia del plano del Todo Bueno, mas no le fué dado hallar solución a sus cuitas. Estaba obsesionada en su conciencia física, por los temores, tristezas y dolores que ofuscaban su visión aun en los más elevados planos,

Por fin, en el colmo de su desespero levantó su mirada hacia el centro de todo lo creado, por donde había cruzado su destello, exclamando arrepentida y suplicante: Dime, ¡oh Dios! en que he faltado y que es lo que debo hacer para rehabilitarme. Y la voz del Gran Todo respondióle: En tu sombra que únicamente contenía el bien latente, has creado formas y contornos a los que el hombre, ignorante todavía, llamará el mal. Aunque tales creaciones no son más que espectros quiméricos, al crearlos, has inspirado al hombre el deseo de forjar en su mente, para imitarte, fantasmas de dolor, desgracia y muerte, sin que a ti te sea ya posible evitarlo. Tú, que eres alma pura, te has sujetado por tus ideas negativas al plano de la materia.

Siendo así, insistió el alma del mundo, dame, Tú que puedes, los medios para devolver la luz y la alegría a la tierra. Y la voz replicó: Ya que tú has sido la causa de que brotara en la mente del hombre tan torpe voluntad y el poder de acrecentar el mal, es preciso que te esfuerces para desvanecer por ti misma tu propia obra. Por tu constante permanencia en el plano terrenal, podrás infiltrar tus altos poderes en la mente del hombre elevándole al rango que le corresponde.

Pero, ¡ay! infeliz de mí, suspiró el alma del mundo; el hombre apenas tiene conciencia de mi presencia y no hallo medio de recuperar mi dominio.

Un poder infalible tienes, ¡oh alma del mundo! — arguyó la voz — que jamás dejará de ayudarte en tu trabajo. Este poder es ¡el amor! Por el amor el hombre podrá rasgar el velo y ver que el Mal es mera ilusión y que únicamente el Bien es real. El amor, hijo unigénito de Dios, vive eternamente en el seno de sus obras y se manifestará en forma humana para mostrar a los hombres su poder y belleza y abrirles el sendero de la luz.

Alentada el alma del mundo por tan sublime revelación, reemprendió su tarea positiva. Desde su morada en el Todo Bueno, moderó los bajos deseos de los hombres disipando las tinieblas de sus ojos para que vieran en adelante el paraíso terrenal. Mucho sufrió el alma del mundo en su trabajo lento y doloroso. A veces detúvose en su progreso; el hombre pecó de nuevo, pero ella siguió adelante confiando siempre en el predominio de su conciencia superior. Pareció por breves instantes que las nebruras se desvanecían, mas luego volvían a cerrarse, densas y frías, sobre la tierra, cual si se hubiese extinguido ya la voz del amor. Pero no, jamás se apagó tan dulce voz.

Y cuando el amor habló al mundo, primero desde un mísero pesebre como hermosísimo niño; después como hombre divino enseñando y elevando a sus hermanos; y por fin, sufriendo afrentosamente sin oír siquiera una palabra de consuelo, del consuelo que Él había traído, entonces empezó a triunfar el amor sobre las tinieblas, y el alma del mundo irguió su cabeza, presintiendo que la liberación estaba cercana.

Las tinieblas se esfumarán porque el reinado del cielo permanece en la tierra, y próximo está el día en que el mal se desvanezca cual vana sombra y brille con todo su magno esplendor la joya incomparable de la vida.

Mas tendrán que pasar algunas generaciones antes de que el hombre comprenda el gran secreto, esto es, que la ignorancia y la obscuridad existieron porque el hombre mismo los forjó inconscientemente en su alma, no porque tuvieran existencia real.

Y cuando por su propio esfuerzo el hombre haya alcanzado la Sabiduría, la tierra quedará convertida en un paraíso donde reinará eternamente la verdadera vida que es paz, amor y alegría.

ETHNE RAYDEN.

# ¡VUELVE, OH SEÑOR CRISTO!

Dedicado al Grupo juvenil de la  
O. E. O. de Valencia.

(DE LOS SALMOS DE LA NOCHE ESPIRITUAL)

¡Señor, cuando la pena  
llegue a inundar en llanto el alma mía,  
si en tu mansión serena  
ves mi tristeza impía,  
no me dejes vivir sin alegría!

Oh! ¡Mi dolor es tanto  
cuando solo me encuentro entre amarguras,  
que, envuelta el alma en llanto,  
lloro las desventuras  
de todas las dolientes criaturas!

¿Por qué, Señor, no calmas  
su infeliz soledad y desconsuelo?  
¡Piedad ten de las almas,  
y desde el alto Cielo  
ven a dar a los tristes un consuelo!

¡Alivia, oh Dios, sus penas,  
recordando que Tu también sufriste  
por las culpas ajenas,  
y al que se encuentre triste  
dale a beber del Agua que bebiste!

¡Tú eres Fuente de Vida  
y es dulce el manantial que de Tí mana!  
¡Vuelve, Fuente escondida!  
¡Vuelve, Luz soberana!  
¡Vuelve, Estrella de Amor de la mañana!

F. VALERA.



## LA PENA CAPITAL

(Continuación)



ES del caso recordar aquí lo que el Máximo Doctor de la Iglesia, San Agustín, dijo del tiempo y de la vida: «Si lo presente, para que sea tiempo, es preciso que pase, ¿cómo se dice que es, cuando la causa porque es consiste en que no será? De suerte que no diremos con verdad ser tiempo, sino porque camina a no serlo. «El tiempo es una carrera a la muerte, tan veloz y mezclada con tantas muertes de un propio hombre, que viene a dudarse si la vida de los mortales se ha de llamar antes vida que muerte. «Desde el punto que empieza uno a estar en este cuerpo que ha de morir, siempre sucede en él estar viviendo la muerte. «Esto lo hace su mutabilidad por todo el tiempo de esta vida, si acaso se ha de decir vida lo que es para que venga la muerte».

El Emperador Antonino, dijo: «Si hubieses de vivir tres mil años y sobre éstos otros treinta mil, acuérdate que nadie deja otra vida que la que vive de presente, por lo cual lo mismo es un espacio larguísimo de vida que un brevísimo, en razón a que lo presente para todos es lo mismo aunque no sea lo mismo aquello que ya pasó. Y así parece que no hay un punto del tiempo, porque ni lo pasado ni lo futuro puede perderlo nadie. ¿Cómo se puede perder lo que no se tiene? Por lo cual se deben conservar estas dos cosas en la memoria: una, que desde el principio todas las cosas tienen una misma figura, y se resuelven en un círculo, y no hay diferen-



cia del que las esté viendo cien o doscientos años, y del que las viese infinito tiempo. La otra cosa es, que aquel que vivió muchísimo, y que aquel que se murió luego, pierden lo mismo, porque sólo son privados de lo que es presente, pues ésto sólo tienen, porque lo que no se tiene tampoco lo pierden».

Y si mal no recuerdo, San Agustín dijo también: «que el que muere nada pierde, porque sólo se puede perder lo que se posee: lo pasado, no se pierde, porque pasó; lo futuro, no se pierde, porque no ha llegado; y lo presente, tampoco se pierde, porque para que sea tiempo es preciso que pase; y no se puede decir que es, cuando la causa porque es consiste en que no será».

Creo que todo eso son verdades incontrovertibles, por más que parezcan sofisticas.

Y nos vemos obligados a consignar la opinión de Blas Pascal, en sus famosas cartas, sobre la pena de muerte, porque callarla conociéndola sería deslealtad; no a vosotros que de seguro la conocéis, sino con relación a quienes no la conozcan. Esto confirmará nuestra buena fe, y nos dará, si no autoridad, venia para refutarla; no precisamente por nosotros, sino por los principios nacidos de la naturaleza, que obedece a una ley eterna, y a quien obra de acuerdo con ella, con íntimas y fundamentales convicciones, no le abandonará la razón espiritual; porque estamos obligados a cumplir el deber y realizar lo justo.

No se nos tildará, pues, de presunción cuando opinamos contra la palabra autorizada de Pascal, revestida con la luminosa de San Pablo y San Agustín, porque en estas materias fuera de lo dogmático, más se ha atendido al siglo en que se vivía, respetando el derecho divino de la autoridad, que a la verdad espiritual. Y con relación a San Pablo, nos parece haber sido mal comprendido.

El autor de las cartas a un provincial, parece inclinado a condenar la pena de muerte, al citar pasajes bíblicos contra ella; pero lo hace para sentar una proposición que le dé pie para sostener la teoría de la autoridad.

Dice que Dios dijo a Noé: *Yo pediré cuenta a los hombres de la vida de los hombres, y al hermano de la vida de su hermano. Cualesquiera que vertiere sangre humana, su sangre será vertido, porque el hombre es criado a imagen de Dios.*

«Esta prohibición general, sigue diciendo, quita a los hombres todo poder sobre la vida de los hombres; y Dios se la reservó para sí de tal suerte, que según la verdad cristiana, opuesta en ésto a las falsas máximas del paganismo, ni aun tiene poder el hombre sobre su propia vida».

Hasta aquí la doctrina es cristiana, lógica y santa, y merecería el aplauso de los hombres que respetan la vida humana, si allí quedara, y no le sirviera para derivar de Dios una proposición falsa, sustentada apenas por su respetable palabra y por el origen del derecho divino de los reyes. Y si conviene en que sólo a Dios es reservado el disponer de la vida del hombre, de tal modo, que según la verdad cristiana, opuesta a las falsas máximas del paganismo, ni aun tiene poder el hombre sobre su propia vida ¿cómo sienta distingos ilógicos y contrarios a la moral evangélica?

Oigámosle hasta el fin: «Mas porque fué servida su divina providencia conservar la sociedad de los hombres, y castigar a los malos que la perturban, él mismo estableció leyes para quitar la vida a los delincuentes; y así esos homicidios, que serían atentados dignos de castigo sin su orden, vienen a ser castigos loables por su orden, y fuera de ahí todo es injusto».....

Esta opinión de Pascal la apoya en San Pablo y en San Agustín; de las cuales opiniones se derivó el derecho divino de los reyes, falsamente traído de la voluntad de Dios, puesto que el Creador, el Uno, el Inmanifestado solo habla en sus obras, en la Naturaleza, a quien nadie ha visto ni hablado. ¿Dónde está, pues, escrita o siquiera consignada esa orden de Dios? En su Hijo, Jesucristo, nos dicen. Pero en la Biblia no hallamos esa orden.

El que a cuchillo mata, a cuchillo muere, dijo. Muy bien, porque el destino del hombre deriva de sus propios actos, y como en este mundo todo se resuelve en un círculo, como lo demuestra la ciencia esotérica, la muerte que un hombre da a otro, le llegará a él indefectiblemente como proyectil disparado en un círculo.

Todas las cosas, todos los actos de este mundo, buenos o malos, están sujetos a la ley ineludible de causa y efecto, en relación con la voluntad personal. Todos los actos que ejecutamos deben tener efecto igual a su causa, pues el efecto es la misma causa desenvuelta en el tiempo, de manera que, si uno mata, necesariamente

debe ser muerto por alguien o por algo, del mismo modo como mató, porque cuando él mató produjo una causa que desenvuelta en el tiempo debe dar igual efecto. Pero nadie tiene autoridad para hacer cumplir esa ley de causa y efecto, cuyo cumplimiento queda en manos de Dios por medios naturales. Fuera de Él todo es criminal.

Esta enseñanza verdadera y luminosa deriva del íntimo pensamiento de la doctrina de Cristo, nuestro Maestro.

Bajo esa verdad oculta aun a la generalidad, pero conocida exactamente por los que «han arrebatado a la naturaleza la ciencia de las cosas, y dado a las cosas la ciencia del alma», según la bella expresión de Víctor Hugo; y más conocida aún por Jesucristo, enseña que no debemos matar por propio provecho. Prohibición general que no tiene ni excepción ni distingos.

Y aun el mismo San Agustín, ha dado con temor su afirmación a la autoridad de los jueces para matar, cuando dijo: *que el que mata sin autoridad a un culpado, él mismo se hace culpado, por esta razón principal que usurpa una autoridad que Dios no le ha dado; y al contrario, los Jueces, que tienen esta autoridad, son homicidas, si quitan la vida a un inocente contra las leyes que deben observar.*

El hombre no tiene autoridad ni aun sobre su propia vida, pues el suicidio está condenado claramente en las leyes divinas y humanas; porque si la naturaleza, por voluntad del Creador, nos prestó elementos de vida física que debemos devolverle en el tiempo y en el día que nos los reclame, devolverlos intempestivamente es contrariar el plan divino, haciéndose reo de lesa divinidad, merecedor de condigno y trascendental castigo. Asimismo, el hombre no puede tomarse autoridad para dar la muerte a un semejante, porque es destruir lo que Dios le dió y de lo que solo Él puede disponer; y como el hombre es «un universo de universos» y todo salido de Él, dar la muerte es atentar contra su obra, contra Él mismo, aunque, para justificar lo trascendental, se tome carácter de autoridad, cuando la autoridad, fué instituída para la seguridad de derechos, para reprimir e indemnizar, no para destruir. Es tal nuestro respeto a la vida humana, que ni la autorizada palabra del Apóstol de los gentiles nos convence; pues

San Pablo se vió obligado a dar en aquellos tiempos opinión conforme a la de Moisés y apoyo moral a la autoridad constituida. La Iglesia naciente no debía debilitar el principio de autoridad, ni chocar abiertamente con el gobierno que la ejercía por derecho divino, sobre vidas y haciendas. El Maestro había declarado el más absoluto respeto al gobierno de los pueblos cuando dijo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Sin embargo, no es lógico ni racional seguir en el sistema republicano teorías y principios necesarios a las monarquías, cuya estabilidad y fuerza estaban vinculadas en su derecho divino. Y si en las democracias modernas sigue establecida la pena capital, obedece a los millones de hombres que informan esas naciones; y como necesariamente, la aglomeración de individuos, y la lucha por la vida, en lo que han dado en llamar civilización y progreso, engendra vicios en aunado consorcio con el alcoholismo, la autoridad se vé precisada a matar para contrarrestar el desborde y criminalidad, no pudiendo tener cárceles capaces de contener millones de criminales, siguiendo así la práctica errónea de tantos siglos. Nuestros países incipientes no tienen esa razón.

DR. BERNABÉ ANZOÁTEGUI.

*(Continuará).*



## NECROLOGÍA

El día 4 del pasado Diciembre dejó su envoltura física, en esta capital, el consecuente espiritualista D. Antonio Roca, padre de nuestro muy querido hermano y amigo D. Pedro, tras una jornada de continua lucha que sin duda le habrá proporcionado provechosas lecciones. El día 6 le acompañamos al cementerio libre, numerosos amigos, para patentizar nuestro afecto y estima, que no menos merecía la conducta ejemplar del que acababa de entrar en superior vida.

Después del sepelio, el entusiasta y culto compañero D. Manuel López, al dar las gracias a la concurrencia en nombre de la familia, aprovechó la oportunidad para hacer resaltar la laboriosidad y la perseverancia que para su progreso y evolución tuvo siempre el querido ausente, ya que fué un modelo de hombres, como padre, esposo y ciudadano; habiendo por fin sabido sobrellevar con tal conformidad, esperanza y fe su larga prueba final, a causa de sus arraigadas creencias en la Ley de Justicia, que dijo debiéramos todos procurar imitarle.

Que la Luz de los Maestros le ilumine en el *más allá*, y que nuestros buenos pensamientos y sincera amistad, sirvan de *llamada* al desencarnado y de consuelo a la familia del señor Roca.



## BIBLIOGRAFÍA



El incansable y fecundo publicista teosófico, nuestro querido colaborador y amigo Dr. D. Mario Roso de Luna, acaba de obsequiarnos con el tomo segundo de la Biblioteca Poligráfica Blavatsquiana, intitulado «Simbología arcaica», en el cual comenta el archivo de sabiduría «La Doctrina Secreta», de la inmortal H. P. Blavatsky, cofundadora de la Sociedad Teosófica.

En su introducción, dice el autor que no trata de hacer una labor de detalle, sino de conjunto, y bien se puede asegurar que con sus comentarios y aclaraciones y con aquel cúmulo de citas y conocimientos, en tantas ocasiones demostrados, consigue cumplidamente su propósito de facilitar la tarea de los verdaderos estudiantes de teosofía, para la mejor comprensión e interpretación de la obra antes mencionada.

Para que el lector se forme una idea del alcance y trascendencia de la nueva producción del insigne literato ocultista, diremos que tras larga introducción documentada con citas históricas, de antiguos filósofos y pensadores, trata de fustigar a todos cuantos por debilidad, ignorancia o conveniencia han procurado mantener, en todos tiempos, en las tinieblas de la ignorancia, a las humanidades, por ser incapaces y no atreverse muchos, como la Maestra de la obra que comenta, predicar las divinas enseñanzas de los grandes Iniciados, basadas en la Unidad y en la Fraternidad Universal de la Humanidad. Enumeraremos el subtítulo de los tres capítulos que constituyen el sugestivo índice de «Simbología Arcaica».

En el capítulo preliminar, se desarrollan de un modo magistral, lo mismo que en los posteriores, con aquella pericia a que nos tiene acostumbrados el señor Roso de Luna, los títulos siguientes: La Obra Maestra y los Maestros.—El Mito, el Lenguaje y el Símbolo.—En el capítulo 1.º—Lo Abstracto y lo Concreto.—La Nada.—Todo, la Mónada, la Duada, la Tríada, la Tétrada y la Pentalfa.—En el 2.º—El Éter y el Akasha.—Chaos-Theos-Kosmos.—El Espacio.—Manvántaras y Pralayas.—En el 3.º—El «Ave Sagrada» y su «Huevo del Mundo».—En el 4.º—El Loto como símbolo universal.—La Pirámide iniciática.—En el 6.º—Deus-Lunus, Fhoebe o La Luna.—En el 7.º—El Arbol, el Dragón y la Serpiente.—En el 8.º—«Los Siete» primitivos.—En el 9.º—Caídos y rebeldes, o «los Seis y los Cinco».—En el 10.º—El Trio Uno.—La Síntesis Cósmica, o el «Salvador» Kwan.—Shi-Sin.—En el 11.º—El Solitario Vigilante y los Bisdeldhas de la Confesión—En el 12.º y último.—El Hombre terrestre y su celeste Dhyán.-Chohan.

La obra ha sido publicada por la Editorial Pueyo, de Madrid, con el primor y pulcritud a que nos tiene acostumbrados.

Felicítamos efusivamente al señor Roso de Luna con motivo de su nueva publicación, cuyo ejemplar le agradecemos, y deseamos fervorosamente que su fecunda labor dé abundosos y ópimos frutos.